

MI NOVELA "EL BARCO DE LOS MUERTOS"

Era mi deseo escribir una buena historia de entretenimiento. Creo que la historia es buena y entretenida porque no la saqué del aire, porque no es inventada.

Si uno escribe una historia auténtica, no es cosa de estar pensando en la habilidad artística. Simplemente se narra y se cuenta lo que uno ha visto y vivido. Otro podría contar la misma historia de modo muy distinto. Otro incluso no advertiría, o hasta eliminaría, algunos hechos que yo enfatice y subrayé, y podría recrear diálogos que yo también oí pero juzgué insignificantes.

Esta última frase contiene todo lo que tengo que decir acerca de mí mismo. El que trabaja de velador nocturno o de alumbrador podrá escribir su autobiografía y entregarla en el momento apropiado. Pero a alguien que trabaja con valores intelectuales no debe pedírsele nunca su autobiografía. No es gentil. Y uno tiene la tentación de mentir. Sobre todo si cree, por una razón u otra, que su verdadera biografía resultaría decepcionante. Aquí no me estoy refiriendo a mí mismo. Mi biografía no decepcionaría, pero es un asunto personal y así me gustaría mantenerlo. Y no por egolatría. Más bien porque quisiera ser juez de mis propios asuntos. Quiero decirlo claramente: la biografía de un creador carece totalmente de importancia. Si no se lo puede apreciar en sus obras, es porque esa persona, o bien sus obras, nada valen. Por esta razón, el creador no debe tener ninguna otra biografía aparte de sus obras. En ella entrega a los críticos su personalidad y su vida entera.

El Barco de los Muertos es un barco tripulado por muertos, por fantasmas. Estos muertos respiran y trabajan pero de todos modos están muertos. Tan muertos como sólo puede estarlo alguien sin relación alguna con los vivos y el mundo de los vivos. En este lado del Atlántico, donde resido, todavía se mantiene la idea de que en la gran guerra se peleó por la libertad, la democracia y la independencia de las naciones. Al terminar la gran guerra europea por la libertad, en 1813-1815, la libertad del individuo permaneció distorsionada. Así sucede con las guerras que se libran por la libertad, la religión y las revoluciones.

Antes de la gran guerra una carta podía viajar de Berlín a Filadelfia, de Hamburgo a Borneo, de Bruselas a Nueva Zelandia, con solo tener la dirección escrita en el sobre y llevar las estampillas requeridas. Desde que se ganó la gran guerra por la libertad, todos los países han levantado sus murallas chinas, a través de las cuales es imposible pasar sin tener un pasaporte, una visa, un acta de nacimiento, un certificado policial de buena conducta, un documento de divorcio, de matrimonio, etc.

Pero cuando se construyeron estos muros, cuando los burócratas de todos los países llegaron a ser más poderosos que los reyes derrocados, entonces miles de personas se quedaron afuera de las murallas. No podían atravesar las puertas porque los papeles habían llegado a ser más importantes que la persona, el acta de nacimiento tenía más valor que el hecho de estar vivo.

En un mundo donde el burócrata, con sus registros y formalidades,

determina la marcha de todas las cosas, nadie tiene derecho a vivir a menos que pueda registrarse. Sería fácil liquidar a toda esa gente, de modo que los procedimientos oficiales pudieran seguir adelante ordenadamente y sin problemas. Pero la tasa de natalidad es cada vez más baja, y la guerra se tragó a millones de personas; por dicha razón, no es posible ahogar a estos hijos de la tristeza en el Océano Indico sólo con fines burocráticos.

Tenemos que agradecerle al capitalismo que se ocupe de esta basura humana. No lo hace por caridad. Del petróleo y del carbón aprendió que los desperdicios de un producto pueden generar ingresos aún más altos que los del producto mismo.

Se deja que estos desperdicios, estos muertos, estos fantasmas, crean que por su propia voluntad ingresan en la arena a luchar como gladiadores modernos. Seguramente no deben advertir que son las penosas víctimas voluntarias de un sistema vergonzoso. Deben sentirse trabajadores libres. Creo que es una obra maestra del capitalismo dar a la humanidad la paz y la guerra, planes de desarme y ligas de naciones, revoluciones y contrarrevoluciones, guerras civiles en China y robos a gran escala, acompañados de asesinatos, en Marruecos y Siria, y esto no por capricho ni arbitrariedad, sino por lucro descarado.

No debe creerse en Alemania que el obrero norteamericano es más libre que el obrero alemán. El americano simplemente se imagina que lo es. Pero porque vive un poco mejor o porque cree vivir un poco mejor, está más esclavizado que el trabajador alemán.

Puede parecer que en la novela se narran dos hechos casi iguales. Me refiero a lo que sucede en el consulado norteamericano. Quiero mostrar que el funcionario americano, dentro y fuera del país, intenta superar con su burocracia estúpida al típico imperialista alemán o al oficial prusiano. El cónsul en Holanda es igual que el cónsul en Italia, como son iguales casi todos los oficiales. Y el cónsul alemán en Inglaterra habla el mismo idioma que el cónsul polaco en Hamburgo. Los funcionarios y los burócratas forman una confraternidad internacional secreta cuya tarea consiste en hacerle la vida difícil a la gente común o corriente. Todas sus preguntas, sus gestos, opiniones, consejos y amenazas funcionan dentro de un mismo código.

Yo pude fácilmente haber dejado fuera a un cónsul, pero eso hubiera dado la impresión de que dicho cónsul era una excepción. Y entre estos oficiales no hay excepciones, a pesar de sus nacionalidades, porque se sienten soberbiamente sujetos a sus instrucciones y toman su puesto al pie de la letra. De modo que la humanidad parece ser en todas partes una eterna perdedora. En esto quería yo poner el énfasis.

Alguien me señaló que la novela termina demasiado abruptamente, y que al lector común le molestaría la incertidumbre sobre el destino del narrador que flota en el agua, atado.

Se me hace difícil responder suficientemente a esto. Si yo hubiera escrito la novela con el propósito de entregarla a un público de lectores comunes, entonces la obra habría sido diferente desde el primer capítulo. Pero no creo que los miembros del Club del Libro sean lectores comunes, sino lectores que después de haber leído un libro poseen la flexibilidad

mental y la imaginación necesaria como para pensar por ellos mismos un final ulterior, en caso de desearlo. No creo que son mejores las novelas que dejan al lector completamente vacío y sin ningún elemento para seguir reflexionando.

Debo confesar que no puedo explicar en serio por qué elegí terminar la novela de una manera y no de otra. Sentí que otro final no era admisible. De haber modificado la conclusión, habría traicionado mis sentimientos. Creo que quien sea capaz de escribir otro final, nunca ha sido un naufrago solitario, cuyo último compañero acaba de ahogarse. Pero incluso entonces, dejando de lado mis sentimientos, la lucidez del juicio tampoco me hubiera permitido cambiar el final. Quizás pudiera quitar solamente esa nota que deja un regusto de sentimentalidad religiosa. Pero esta sentimentalidad religiosa es verdadera. Los hombres han sido educados en ella. Así pasara mucho tiempo, y tras años de esfuerzo esa sentimentalidad hubiera desaparecido, a último momento volvería a aparecer. De todos modos, no es tan fuerte para llenar los últimos segundos de vida como a un creyente pío le agradaría creer. Aquí, la última llamarada de sentimentalidad religiosa se mezcla con el anhelo por un barco "verdadero", un capitán bueno y amable, y la limpieza y la tranquilidad que un marinero desea con todo el alma cuando vive en una "ratonera maldita".

La novela *El barco de los muertos* realmente se termina con ese final. El barco de la muerte se ha extinguido, junto con todo su rigor y su crueldad. Los sobrevivientes pasaron a vivir una condición en la que no sufren ya las crueldades del barco, pero sí el café horrible, la comida miserable, que les eran servidos. Pero en esta situación valoran ahora aquel tipo de comida, que ni las ratas se atreverían a tocar, como la más exquisita. Un cambio tal de opinión es posible únicamente cuando se ha vencido a la muerte. El barco de la muerte reaparece una vez más en toda su gloria como la visión de un hombre consumido por la fiebre y la sed.

Lo que le pase ahora al narrador, si muere o si sobrevive de algún modo, no tiene nada que ver con el barco de la muerte (el que narra está, obviamente, vivo). La siguiente línea sería el comienzo de una nueva novela.

DOS CARTAS

I

Sr. Ernst Presczang
Club del libro
Berlín, SW

Tampico, Tamps., Noviembre 9, 1925

Querido señor Presczang:

Le agradezco su rápida decisión y mucho más el cable que me envió, dado que las dos semanas que uno tiene que esperar para que llegue una respuesta son verdaderamente fatigosas.

Mucho me alegro de que *El barco de los muertos* encontrara el visto

bueno de usted y de sus socios. Esto me da la esperanza de que los Miembros del Club del Libro hayan conseguido un nuevo amigo a través de este libro. Los libros no sólo son amigos, sino los más auténticos y dignos de confiar.

En cuanto a las supresiones, podemos conversar; no soy terco si el carácter y el propósito de la obra no se modifican. El propósito parece haberse llevado a cabo claramente, puesto que usted, como lector objetivo, entendió de inmediato cuál era el enemigo: la burocracia internacional y el absolutismo de estado, que surgen con tanta rapidez y tan desastrosamente. El absolutismo de estado en Estados Unidos es más peligroso que el de Rusia. El de Rusia contiene las semillas de un mundo nuevo, pero el de Estados Unidos se vuelve más y más egoísta. Yo soy de la opinión —basada en la experiencia—, y espero darle énfasis más adelante en otro trabajo, de que Estados Unidos hoy en día es el país menos libre del mundo, en el que la bandera vale más que los seres humanos.

Cuando es necesario hacer cortes en el texto, la intención no debe quedar borrosa. Estoy a favor de los cambios si usted cree que unirían más el complejo total. Dígame en qué páginas, líneas y palabras usted quisiera hacer supresiones. Yo tengo una copia y puedo compararlo aquí: así evitamos tener que enviarnos uno al otro el manuscrito. Entonces yo le escribiré para decirle si estoy de acuerdo con los cambios o para sugerirle algo mejor.

Si recuerdo correctamente, no mencioné que los sindicatos alemanes quieran excluir a los obreros extranjeros. Por cierto, los daneses, holandeses e ingleses lo hacen. Aunque no tan abiertamente como los norteamericanos. En todas partes donde los fines del sindicato son pagar el seguro de desempleo, y éste se refuerza con fondos del estado, existe el deseo —muchas veces en parte inconsciente— de excluir a los trabajadores extranjeros para mantener la suma global de los seguros tan baja como sea posible. El ejemplo más desconsiderado es el de Suiza, donde ningún extranjero puede trabajar, salvo en muy pocos casos especiales. Yo hablé de los sindicatos europeos, no solamente de los alemanes.

Me dice usted que es ilegítimo igualar a los viejos sindicatos con los fines de los "Samuel Gompers" en los Estados Unidos.

Lo que allí hicieron los "viejos" sindicatos desde 1918 hasta hoy, en sus luchas contra los capitalistas y contra el estado, no lo han podido hacer aquí los sindicatos de los "Gompers". Han dicho siempre: "Preservación del estado", y siempre los trabajadores han tenido que sangrar corporal, mental y materialmente, hasta sacrificar incluso la única conquista de la así llamada revolución: la jornada de trabajo de ocho horas. Y todo en interés de los capitalistas y del estado, que sólo es una forma nueva del viejo y moribundo capitalismo. Yo sólo conozco las condiciones norteamericanas pero he observado muy de cerca las europeas, especialmente en Inglaterra y Alemania. Los sindicatos alemanes fueron una vez nuestra única fe y esperanza. Cuando la Iglesia Católica se corrompió, tanto que la gente no sabía ya qué era blanco y qué era negro, llegó la Reforma. Cuando se corrompieron los sindicatos, aparecieron aquí los I.W.W. [Wobblies] y allí, los comunistas. Tanto allá como acá, ellos fueron más

odiados por los "viejos" que por los capitalistas, exactamente como los protestantes habían sido más odiados y perseguidos por los católicos que por los mahometanos y paganos. Creo que el comunismo es perjudicial ya que ha impedido que los "viejos" sindicatos desaparezcan bajo su propia corrupción y dejen sitio a las ideas; de la misma manera acuso a la Reforma de haber vivificado a la religión cristiana que estaba muriéndose en ese momento. Por estos lados no hemos tenido ningún líder socialista de sindicatos, como los señores Moske y Herring, y si el gobierno norteamericano pudiera alguna vez liberar a tres obreros españoles anarquistas buscados en España por asesinato político, como lo hizo el Señor Severing, es cosa de comprobarse todavía con algún ejemplo. Pero no crea usted que yo denuncio a los "viejos" sindicatos alemanes por su parcialidad. No tengo ninguna duda de lo que haría nuestro señor Green, sucesor del recientemente fallecido Sr. Samuel Gompers, si se tratara de salvar al capitalismo y manipular a los obreros.

Yo le escribo esto no para darle mi opinión ni para abrir una discusión, que no continuaría, sino porque tengo que poner mucho cuidado en dar mi consentimiento a las "pequeñas precisiones". Para evitar las "precisiones" en todos los puntos discutibles creo que sería mejor omitir las cosas que pudieran provocar confusión en los lectores. Estoy seguro que los obreros alemanes ya han discutido mucho sobre los sindicatos "viejos" y "nuevos" y que estarán contentos de no saber más del asunto. El paso rapidísimo con que el capitalismo se abre camino obligará a los obreros a tomar decisiones al margen de las polémicas. Por eso, tachemos lo que pudiera motivar largas cartas de desacuerdo o acuerdo entre nosotros. No es mi intención proponer motivos para que los obreros discutan entre sí. Posiblemente los trabajadores alemanes han avanzado mucho en este asunto, mientras que aquí nosotros todavía discutimos si dentro de los sindicatos "viejos" el negro tiene los mismos derechos que el hombre blanco.

Es muy difícil liberarse completamente de la atmósfera que en su medio lo envuelve a uno. Quizás por eso aparece con frecuencia en mis obras una nota que allí, del otro lado del mundo, no puede comprenderse dada la formá en que la digo e incluso puede herir.

De manera que usted, que conoce a sus lectores, propóngame los cambios.

Ahora viene una cuestión que tomo más en serio. En política no me siento con seguridad suficiente como para decidir lo que está bien y lo que está mal, pero en lo que respecta en la forma artística de mi obra, siento tierra firme bajo mis pies. Confieso que no siempre puedo dar una buena explicación de por qué escribí tal cosa de una manera y no de otra. Así sucede con el final que usted quiere cambiar. Pero usted mismo facilita mi decisión. Dice que ese final es "simbólicamente muy bueno". Ahora, le pregunto: ¿Por qué lo eligieron a usted, señor Presczang, director del Club del Libro? Por la sencilla razón de que el Club del Libro quiere ser guiado por su juicio, por su experiencia literaria y por su punto de vista sobre las artes. Yo sí creo que esa fue la razón por la cual ha sido elegido. ¿Piensa usted elevar a los miembros del Club del Libro al nivel en que todos encuentren el final "simbólicamente bueno", o su intención es la de hacer

concesiones al lector común que se siente molesto con la pregunta: ¿Qué le sucederá a él (al narrador)? No creo en esta última hipótesis y no estaría de acuerdo con usted en el caso de querer congraciarse con ese lector común. (Por favor, no malentienda mis palabras, dado que escribiendo uno no puede decir las cosas tan agradablemente como quisiera.) Supongo, señor Presczang, que usted no ha pasado nunca varios días en el mar, cerca del Ecuador, atado a un tablón, luego de naufragar. De haberlo hecho, encontraría usted también este final como el único posible. Quien pueda escribir otro final nunca fue un náufrago solitario, nunca el mar le llevó de su lado al último compañero, ni ha percibido todo como un sueño borroso, sin comprender el suceso entero. La conciencia, que durante veinticuatro horas es la conciencia de un hombre enfermo y consumido por la fiebre, que sufre alucinaciones y confusión mental, y que ha perdido la noción de la distancia así como la facultad del juicio (ya que estar en el agua no es lo mismo que estar en tierra firme), está desmoronándose. Esa última chispa de la conciencia que se extingue no la inflama la inteligencia sino el instinto animal. Y es a través del instinto y no de la inteligencia, que se vive el terrible suceso, y que la soledad comienza, y que debe uno ayudar a su compañero perdido, por un impulso egoísta de sobrevivencia: para no quedarse solo. Esta última llamarada de lo instintivo, vivida a través de la tragedia en los últimos momentos conscientes, sacude de tal manera al hombre que él ve imágenes (las que llenaron su vida durante meses), Dios, el capitán, el barco de la muerte, la puerta del cuarto de máquinas, la muerte confusa de un compañero, y todavía mantiene la secuencia de un orden aparentemente lógico, como pasa con muchos locos. Pero este último y tremendo esfuerzo de la conciencia que aún queda, lanza al hombre a una condición que es equivalente a la muerte. El gran silencio empieza. Ya no tiene nada que contar. Se ha apagado. Lo que le pasa ahora no será resultado de sus propios actos, sino de actos ajenos. No sabe si será llevado hasta la playa (un acto de las olas) o salvado por un barco (un acto de los hombres) o si morirá (un acto del destino). El sabe tan poco de su futuro como bajo el corazón de su madre sabe de sí mismo el niño que aún no ha nacido. Una frase más que se dijera no sería la conclusión sino el comienzo de una nueva novela. Yo tengo la intención de escribir esta nueva novela, pero justamente será otra. Los escritores anteriores a nosotros hicieron el asunto más fácil, dejaban que todos se murieran y entonces ya la novela o la obra de teatro quedaba terminada. Incluso en "Hamlet", Polonio, Ofelia, El Rey y la Reina, Laertes, Hamlet, todos mueren. Este es un final. Pero yo no lo puedo hacer. No somos Werthers, ni Romeos ni Julietas. Tenemos que vivir. Tenemos que soportarlo. Y solamente cuando nos hayamos extinguido, el final será cierto. El hecho de que "él" relata debe ser suficiente para que el lector se dé cuenta de que ha sobrevivido; de qué manera se salvó, de qué manera sobrevivió, no tiene nada que ver con esta novela.

Hay un final que podría satisfacer al lector común. Es el final de la segunda parte inmediatamente después de la canción del barco de la muerte. "Se encontraron el uno al otro", el hombre y su amada. Ambiente de rosas rojas en el atardecer. Todo está allí. Pero así no termina ninguna

novela de la vida real. La novela comienza después de que "se encontraron el uno al otro", y esa es la novela que en nuestra época cultural podemos aceptar como la única posible. August Strindberg entendió esto a tiempo. Después de "encontrarse el uno al otro" la tragedia comienza. Después de que "él" empezó a amar a su Yorikke, el destino comienza. Y el destino lo trata tan tortuosamente que él aprende a tener nostalgias del Yorikke como si éste fuera la personificación del Paraíso. El mismo Yorikke que alguna vez le pareciera la tortura más diabólica del infierno.

Ahora yo podría llegar hasta el final de tal manera que pudiera decirle al lector todo lo que le he dicho a usted en esta carta. ¿De qué modo? ¿Con un monólogo? Sé que la propuesta de un monólogo está fuera de cuestión porque el pensamiento del narrador se detiene. ¿Debo mentirle al lector y decirle que un monólogo sería posible en esta situación? No, no puedo. ¿Debo dejar que las olas susurren y terminar con una atmósfera de cuento de hadas? Le haré un obsequio más grande al lector porque espero que sea un lector de nuestra época cultural. Quiero hacerle el regalo de inducirlo a construir el final que desee. Deseo que después de haber leído la novela, el lector pueda continuar pensando por sí mismo, experimentando y hasta escribiendo él mismo. No quiero dejarlo vacío. Quiero estimularlo a pensar por sí mismo sobre como sería la continuación. Lo que él piensa es su única posesión, no lo que yo escribo.

Así, querido Presczang, ¿no podemos dejar la cosa aquí, con su "simbólicamente muy bueno"? Yo no hubiera podido juzgar mi final tan bien y tan correctamente como usted lo hizo en tres palabras. Persuada a los miembros del Club del Libro a juzgar y sentir la literatura como lo hace aquel a quien eligieron como su consejero editorial.

De todos modos, reflexionaré sobre la conclusión ya que nada puede ser final en este mundo.

Saludos,
B. Traven

II. CARTA A DIE BUCHERGILDE

Un cuento mío, "Aritmética Indígena" fue publicado por la revista "El libro para todos", del sindicato Deutsche Verlagsgesellschaft en Stugart. Al comienzo de ese cuento, tal como apareció en "El libro para todos", se lee lo siguiente:

"El indio Ascensión no es más estafador que los demás indios de México. A él le gustan los alemanes, entre los que me cuento, y el negocio de los perros que hice con él es tan típico del modo de pensar indígena, que debo relatárselo a mis lejanos compatriotas para que se diviertan".

Declaro que nunca escribí esa frase, publicada aquí en abuso de mi nombre. El secretario del Club del libro Gutenberg recibió la copa original del manuscrito al mismo tiempo que "El libro para todos" recibía otra. Los

empresarios del Club del libro pueden atestiguar que la frase citada no se encuentra en el manuscrito y que no podría estar incluida en el texto sin modificar por completo su sentido. Solicité a los directores de "El libro para todos" que notificaran a sus lectores que aquella frase había sido añadida arbitrariamente, sin mi conocimiento y sin mi autorización.

Desde el punto de vista artístico, el cuento se arruina con esta frase. Su muy sencilla historia trata de un hombre blanco que vive con los indios en los mismos términos sociales y en iguales condiciones económicas. La relación entre este hombre y sus vecinos es de una índole completamente amistosa. Lo amistoso de esas relaciones permite a los habitantes del pueblito hacer bromas los unos a costa de los otros, para animar un poco la vida monótona del pueblo, como sucede en todas partes del mundo donde los miembros de una comunidad conviven unidos pacífica y amistosamente. Nadie, ni el hombre blanco ni los indios, se ofende por las bromas; al contrario, las aceptan y se quedan a la espera de la oportunidad de devolverlas. Lejos de destruir, estos chistes ahondan la amistad entre los vecinos. A través de la frase incluida aquí contra mi voluntad, la novela adquirió una tendencia que no tenía y que cambió básicamente su carácter. Sobre esta frase, lo que tengo que decir es lo siguiente:

En su primera parte, la frase da una opinión que me es ajena y que contradice mis intenciones. Jamás dije o sugerí en ninguna de mis obras, que "todos los indios de México" eran estafadores. Creo que esta declaración es un insulto al pueblo mexicano, que está compuesto, en su mayor parte, de indios. Son indios muchos extraordinarios estadistas mexicanos, científicos y eruditos respetados más allá de sus fronteras nacionales, así como muchos artistas mundialmente famosos. Entre los indios de México hay hombres muy educados, otros lo son menos, otros son analfabetos. Y hay buenos y malos como en cualquier otro pueblo o raza. Cuando un campesino alemán comete una picardía, es absurdo e injusto decir que todos los campesinos alemanes son pícaros. Lo mismo ocurre con los indios en México. En México los más grandes estafadores no son indios sino gente —me apena mucho decirlo— de diversas naciones europeas, incluidos los alemanes.

El cuento aquí mencionado no concluye de ninguna manera en que todos los indios mexicanos son estafadores. Su única conclusión es que el campesino indio en México sabe hacer bromas y pequeñas trampas con tanto disimulo como el campesino alemán, sueco o danés; y, entonces, que el campesino mexicano puede competir con el europeo en lo que llamamos "astucia campesina". No escribimos este cuento para dar la impresión de que todos los indios son tranposos, sino para mostrar que todo el mundo es igual en sus acciones y en sus motivos, sea cual sea el color de su piel. Tal vez el editor de una revista dedicada a la familia burguesa alemana no pueda entender esto en mi novela, pero no pondría en duda la honestidad con que ese editor debe cumplir sus deberes hacia los lectores.

La segunda parte de la frase contiene una falsedad. Yo no me cuento entre los alemanes porque no tengo ningún derecho a hacerlo. Personalmente, no considero eso ni un honor ni una vergüenza, dado que yo, como la mayor parte de la gente, soy tan inocente de mi nacionalidad como de

la fecha de mi nacimiento o del color de mis ojos. Quien haya leído uno solo de mis libros sabe que nunca oculté mi nacionalidad. Lo sabe el lector y quien no le guste tendrá que aceptarlo con la misma resignación con que se acepta el hecho de que el sol brilla de día. De cualquier modo, rechazo con todo énfasis que un editor intente despertar cierta simpatía por mí, etiquetándome la calidad de compatriota, a lo cual no tengo ningún derecho ni por nacimiento ni por descendencia. Por otra parte, mis verdaderos compatriotas (que lo son no por el hecho fortuito del lugar de nacimiento sino por mi concepción de la vida) no se encuentran encerrados dentro de las fronteras de un solo país.

No entiendo por qué razón cree un editor que puede agregar algo a una obra terminada, modificándola en su esencia. Estoy seguro de que en este caso no fue hecho con mala fe, para causar daño al autor o para debilitar su obra, sino probablemente para hacer más atractivo un relato en apariencia extraño ante cierto público indolente. No sólo en Alemania sino en nuestro continente, sobre todo en Estados Unidos, hay cientos de revistas que tratan a todo costo de no superar el nivel de inteligencia de sus lectores medios para no ofenderlos y perder así sea medio suscriptor. Los directores del Club del Libro Gutenberg no trabajan de acuerdo con este modelo, que muy bien puedo juzgar, y si aprecio a la institución es precisamente por esta actitud. Mientras la mayor parte de las revistas y editoriales de todos los países tratan de ajustarse al lector común y presentar sus productos en el nivel de inteligencia de ese lector, el Club del Libro Gutenberg entiende que su deber y su tarea mayor consiste en estar siempre un paso más adelante de ese nivel, aún a riesgo de perder algunos cientos de suscriptores por dicha política. El futuro le pertenece sólo a quien permanece siempre en la cúspide y está doscientos pasos más adelante de su tiempo y de las modas del día. Para los que no pueden mantener ese paso queda aún oportunidad suficiente de satisfacer el apetito en otros sitios.

He cometido errores en mi vida y en mi obra porque soy humano y estoy sujeto al error humano. Pero a nadie le concedo el derecho de corregir un error mío, o lo que cualquier editor considere error. Protesto vivamente cuando alguien piensa corregirme y sus correcciones terminan contradiciendo todo aquello por lo que he trabajado hasta hoy, por lo que continúo trabajando y por lo que espero trabajar con mayor fuerza y eficacia en el futuro.

Haré todo lo posible para no tener que publicar otras protestas parecidas a ésta, obligado como estoy ahora a hacerla. Mis amigos —entre quienes espero tener muchos en Alemania— pueden preguntarse por qué publico una protesta tan larga por sólo una frase. Pero seguramente confiarán en mí, incluso si no doy más explicaciones, al decir: "Sólo yo puedo juzgar lo que esa frase, en especial su primera parte, me ha hecho". Tal vez me puedan entender mejor cuando digo: Considero al indio mexicano y al proletariado mexicano —que es en un 95 por ciento indígena— como mi hermano, un hermano que está mucho más cerca de mí que cualquier otro. Sé con cuánto coraje, con cuánta devoción y sacrificio (de los que nada se sabe en Europa) el proletario indio en México está luchando por

alcanzar su liberación y salir a la luz del sol. Es una lucha por la libertad que no tiene paralelo en la historia de la raza humana, ni aún en la historia del proletariado combativo. Hasta ahora no me ha sido posible hacerle entender al obrero europeo ni siquiera una parte de esta lucha por la libertad, ni bajo la forma de una simple historia ni en la de una obra de arte. Frente a la grandeza, frente a la vastedad del contexto económico y cultural —con todas sus lógicas consecuencias— de la lucha del indio proletario por su liberación, los recursos de un escritor o de un poeta se vuelven inútiles. Una grande y dolorosa presión, interna tanto como externa, me lleva a sentir totalmente este enorme suceso mundial, este gigantesco acontecimiento cultural, y le podría dar forma en palabras, frases e imágenes luminosas. Que yo haya estado obligado, contra mi voluntad y sin saberlo de antemano, a identificar con mi nombre una frase que insulta al indio y al proletario mexicano, me duele más de lo que alguna vez pudiera dolerme cualquier herida de mi cuerpo.

B. Traven
Octubre 18 de 1927